

**Discurso pronunciado por el
Excelentísimo Monseñor Fernando Chica Arellano
Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO**

**en ocasión del
42.º período de sesiones de la Conferencia de la FAO (14-18 de junio de 2021)**

15 de junio de 2021

Señora Vicepresidente,

En nombre de la Santa Sede, al tomar la palabra en este 42.º período de sesiones de la Conferencia de la FAO, deseo ante todo congratularme por la elección del Señor Michal Kurtyka, para presidir estas sesiones. A través de usted, deseo dirigir un deferente saludo a cuantos participan en esta magna reunión convocada bajo el lema "El estado de la alimentación y la agricultura. Transformación de los sistemas alimentarios agrícolas: de la estrategia a la acción".

Hoy, se constata de forma clara y rotunda lo que el Papa Francisco dijo ya en el año 2015 en su encíclica Laudato Si', a saber, "que no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y, simultáneamente, para cuidar la naturaleza". Fueron palabras perspicaces verificadas en estos momentos en los que se entrelaza el impacto de la pandemia por COVID-19 y el impacto del cambio climático que golpea, de una manera muy fuerte, a las comunidades indígenas, a las poblaciones afrodescendientes y a los migrantes.

Ante este panorama, se pone de relieve la imperiosa necesidad de hacer realidad el quicio de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas que incita a trabajar denodadamente para que nadie quede atrás, sobre todo los grupos más precisados de ayuda. Es decir, los ancianos, los niños, los jóvenes y los enfermos. En modo alguno podemos olvidar a las mujeres, sobre todo a las que viven en zonas rurales que con enorme y significativo ahínco cuidan de sus familias, aportando un suplemento de humanidad.

El coronavirus, con las crisis preexistentes que ha exacerbado, nos ha hecho percibir nítidamente que nadie puede ser indiferente a los problemas de los demás. Por ello, es de vital importancia redoblar el compromiso, pues no se trata solamente de enumerar sugerencias, multiplicar teorías y acumular estadísticas. No es cuestión tampoco de llenar de eslóganes las pantallas de nuestros ordenadores ni de formular estrategias que únicamente conducen a la demora de soluciones o al final terminan archivándose. Se trata, sobre todo, de programar un presente consistente y un futuro sostenible para las personas y las comunidades. Y esto pasa por una real y verdadera cooperación que tenga presente las situaciones concretas y las esperanzas de las poblaciones más indigentes, tratando de comprender las raíces de su vulnerabilidad y afrontando decididamente sus exigencias efectivas. A este respecto, Su Santidad el Papa, ha afirmado sin ambages, "Sabemos que la cooperación está cada vez más condicionada por compromisos parciales, llegando incluso a limitar las ayudas en las emergencias. También las muertes a causa del hambre o el abandono de la propia tierra son una noticia habitual con el peligro de provocar indiferencia. Nos urge, pues, encontrar nuevos caminos para transformar las

posibilidades de que disponemos en una garantía que permita a cada persona encarar el futuro con fundada confianza y no solo con alguna ilusión”.

Los efectos del cambio climático en los estilos de vida humanos perturban dramáticamente a todos los países con fenómenos que, en muchas regiones del planeta, ponen a dura prueba no solo el ambiente rural sino también el sistema social y económico. Los más lacerados por estos daños son los pobres, cruelmente castigados por la pandemia, ellos experimentan la disminución de los niveles de producción en el sector agrícola y padecen la escasez de alimentos y de recursos, comenzando por el agua. A estas dificultades se añaden los efectos de una coyuntura económica desfavorable, la discriminación previa, la ausencia de oportunidades, la falta de respeto a sus derechos humanos y el predominio de intereses muy sesgados que obstaculizan el tan necesario y urgente fortalecimiento de su capacidad de resiliencia.

No hay, pues, Sra. Vicepresidente, tiempo que perder. Actuar de manera coordinada y efectiva contra el cambio climático y sus nocivas repercusiones se ha vuelto algo prioritario. Ello conlleva una lucha sin tregua contra la deforestación que ha visto la desaparición de 420 millones de hectáreas de bosques desde 1990, con la consiguiente degradación del terreno. Si continuamos descuidando o, incluso, modificando de forma definitiva los delicados equilibrios de ecosistemas como la agricultura, la pesca y los recursos forestales, estaremos transitando por un camino sin retorno que haga aún más intrincado sostener los esfuerzos para socorrer a las personas marginadas y a las comunidades que ven amenazada su identidad.

En este contexto, el pensamiento se dirige inmediatamente a los diversos pueblos autóctonos que, a menudo, son víctimas de una economía excluyente, así como de una preponderancia tecnicista que priva de todo efecto su sabiduría tradicional, su relación ancestral con la tierra y el territorio y que solo hace de ellos espectadores pasivos de programas y proyectos lejanos de sus aspiraciones concretas.

Particular atención requieren, asimismo, las áreas tropicales del mundo y los pequeños Estados insulares que contemplan atónitos el aumento del nivel del mar. Estas zonas se están convirtiendo de exportadoras netas de alimentos a importadoras. Se corre el riesgo también de que se transformen en generadoras de flujos masivos de personas.

Ayudar a las personas a permanecer con dignidad en su hogar requerirá de acciones decididas y que abran oportunidades especialmente a los jóvenes. Además, hay que velar por la tutela de la biodiversidad que con frecuencia peligra por el papel determinante a que han asumido las nuevas tecnologías y los sistemas de cultivo agrícola no tradicionales que hacen amplio uso de los resultados de la investigación y solo buscan producir para responder a una demanda creciente de alimentos.

Señora Vicepresidente,

Ha llegado la hora de avanzar por un camino que comprometa a todos y no solo a unos pocos en la consecución de una auténtico e integral desarrollo humano. El mismo hombre que se ha empeñado en conquistar el espacio estelar, y lo está consiguiendo, ha de ser también el que preste en nuestro planeta la debida atención a las necesidades de quienes sufren a causa del hambre y de la malnutrición y de quienes obtienen del trabajo agrícola alimento, ocupación y ganancia.

En la práctica, esto quiere decir acabar con las desigualdades existentes que generan por doquier exclusión, limitar el uso de los recursos no renovables, moderar el consumo, maximizar la eficiencia del aprovechamiento, reutilizar y reciclar. No descuidar a quienes tienen un trabajo precario y viven apesadumbrados por el coronavirus o por inclemencias naturales o por razones económicas. Y, finalmente, no ignorar a cuantos se ven privados de servicios sociales eficientes, de asistencia médica y de adecuada instrucción y capacitación.

Tengamos esto muy en cuenta porque no podemos cometer el error, como recordaba el Papa Francisco en su visita a la FAO, de conformarnos con decir "otro lo hará".

Muchas gracias.